

Por el 2 de noviembre

RICARDO GARIBAY

Ya vienen *los muertos* del 2 de noviembre y vale trazar una breve miscelánea reverente, dramática, jolgoriosa y apesadumbrada o pesimista, y entre la raspa del pueblo y la inteligencia, para no dejar a la costumbre sin la devoción debida. Es cosa mexicana pintoresca y miserable rendirle de alguna manera homenaje a la muerte, por el miedo que da, el reto que provoca, el amor que inspira, la plenitud que promete, la esperanza que despierta, y la declaración que produce en personas que la ven secamente como cosa inevitable y sin trascendencia. Entre éstas recuerdo en este momento a Simone de Beauvoir y a Jorge Luis Borges.

Ella le dice a Jean Paul Sartre, en *La ceremonia del adiós*, libro donde deja en claro el amor que por él sentía y el desprecio y repugnancia que le inspiraba; ella va a verlo al hospital y él ha muerto ya; entonces quiere desnudarse y compartir el lecho mortuorio unos momentos; las enfermeras se lo impiden por el peligro del terrible contagio; ella se acuesta vestida, y dice (cito de memoria): "... pronto estará usted en una tumba y no lo sabrá, y pasado un tiempo yo estaré allí también, y estaremos uno al lado del otro, y no lo sabremos". Y punto, ni una palabra más a propósito de la muerte del ser amado y la propia. Ateísmo ilustrado, radical, sin compostura posible.

Jorge Luis Borges declaró varias veces que no creía en nada para después de la muerte, que la muerte tenía que ser total, definitiva, de lo contrario la vida toda sena un mero fraude, una especie de intolerable burla de Algo o de Alguien. Y también habló del cansancio que sentía de seguir siendo Jorge Luis Borges.

En el miedo que da puede anotarse esta perplejidad: ciertamente hay un momento a partir del cual uno comienza a sentir cansancio de ser el que es desde hace tanto tiempo, como que se anhela, *sin dejar de ser uno mismo*, ser otro de alguna manera, de manera mejor ser otro, ya no tan monótono, tan previsible. Sí, pero he dicho: *sin dejar de ser uno mismo*, porque ¿cómo es eso de que dejaré de ser esto que soy, y para siempre? ¿ya la vida y el mundo transcurrirán sin mí, y yo no seré, ni estaré, ni siquiera tendré memoria de lo que fui? En verdad sin fe religiosa esto espanta y me hace envidiar el *aséptico* desdén de Borges y la Beauvoir.

Don Napoleón Velasco, del más bronco Tamaulipas, me contó que durante la Revolución agonizaba un guerrillero gritando con terror; y ordenó el General Natera:

-Velasco, vaya a ver a ese cabrón, que se esté sosiego.

El moribundo se aferró al muchacho Velasco, y abrió enormemente los ojos:

-¡Mire, mire lo que ahí viene, ya viene paca, mírela, mírela, no me suelte, ya vieniái!

Y que murió con mucho espanto en la cara.

También el corrido *Valentín de la Sierra*, que se hombra en el arranque y en el final se cuarteo, camino del cementerio, como que pide amparo:

Cuando llegaban al puente

Valentín quiso llorar:

Madre mía de Guadalupe Por tu religión Me van a matar

En el reto que provoca -la muerte, estamos hablando de ella- advierto el jubiloso desprecio con que la vemos los mexicanos cancioneros. El "si me han de matar mañana, que me maten de una vez"; el "yo acostumbro velar muertos con cabeza de cerillo"; el "por una mujer casada me dicen que he de morir, mentira, no me hacen nada, ella me quiere seguir"; lo de Lucio Vázquez, que desprecia la muerte que le darán, por ir a ver a una mujer. Aquella hermosa frase del torero Joselito Huerta, que en la enfermería se ve la cornada gigante en el vientre y le dice a un amigo que está a su lado: "Ni modo, compadre, de algo se ha de morir", y se desmaya.

Aquella pasión por la espada y la pistola que tantos alegres duelos y muertes procuró en el XVIII y el XIX europeos, donde imbécilmente murió Pushkin, donde está la anécdota de Bri-llat-Savarin: llega un extranjero a París, es retado por nada por un mozalbete, se da forma al duelo, el extranjero clava al muchacho en la primera embestida. Los amigos y padrinos se asoman a ver al joven desangrándose, y comentan con gozosa admiración: "¡Estupenda estocada en cuarto!".

El reto al que llama la muerte o la idea de la muerte, la gana de enfrentarla, es lo más visible de la muerte entre los pueblos violentos de la tierra, y son rarísimos los pueblos que no son violentos. Un millón de sucedidos fascinantes podría contarse.

El amor que inspira lo hallo en esta preciosa estrofa de hombres de a caballo:

Cuando me muera, comadre,

haga de mi barro un jarro,

y si tiene sed, de él beba.

Si a la boca se le pega

serán besos de su charro.

Como quien dice "no moriré del todo, amiga mía...", viviré ahí en el barro del jarro y a la espera del beso de tu boca.

"Señor, ayúdeme, déme eso que le pido, lo necesito como morirme y así lo quiero" -me contaba Abraham Portes que decían los judíos viejos en Ukrania, allá en comienzos del siglo.

Y el amor desatado, desorbitado, frénico y suicida de los poetas del romanticismo. Ese extraño y conmovedor amor por la muerte y el llamarla con dolorosa impaciencia, que yo padecí y que veo padecer a los poetas jóvenes que llegan a verme con sus cuadernos manuscritos.

La plenitud que la muerte promete. Esto es cruel y es aguerrido. Me trae la estrofa aquella:

En el filo de una daga
se anda paseando la muerte,
anda y dile a tu marido
que a la noche vengo a verte,
a ver si sale un maldito
que quiera rifar su suerte.

Y me trae la memoria de Pedro el Grande, o el Cruel, o de Iván el Terrible, no recuerdo quién y no importa mucho, que está perdiendo una batalla que perderá sin remedio y trepa sobre algo y vocifera a los hombres que van en manadas a una perdición segura: "¡Adelante, canallas! ¿Qué? ¿piensan vivir eternamente?"

Y la esperanza que despierta está en la fe religiosa, en el descanso inmenso de saber que voy al Regazo del Buen Dios, que me espera desde antes del principio de los tiempos. Está en Simeón, que ha recibido del Espíritu Santo la promesa de que no verá la muerte antes de ver al Cristo del Señor, y en el templo cuando Jesús niño es presentado, lo toma en sus brazos Simeón y exclama: "¡Señor, has liberado a tu siervo!". Feliz de morir en breve.

Sé decir también que mi madre, mujer santísima, estaba ciega, y momentos antes de morir abrió los ojos y nos vio perfectamente y dijo: "Por qué están todos alrededor tan espantados. Si la muerte no me da miedo, ningún miedo".

Y recordemos el amor de los místicos, que dicen: "muero porque no muero"; que dicen, bailando, en el colmo de la alegría: "Mi dulce y tierno Jesús, si amores me han de matar, agora tienen lugar"; que dicen:

¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro, pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro!

La llama de amor viva es el amor a Dios, la urgencia de verlo, a la que se le pide que la vida, la que me separa de mi Creador, se acabe, se rompa como tela que me aparta de El, y deje de cumplirse la lamentación de Fray Luis:

Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo...

En fin, una brevísima miscelánea volandera por la fecha que viene: el miedo que da, el reto que provoca, el amor que inspira, la plenitud que promete, la esperanza que despierta y el desdén con que a veces se le mira.

Sí pues, pero como se dice que lo que se escribe de veras ha de mirar hacia el origen, hacia lo que se vio primero en la vida, debo decir que la liturgia que recuerdo más veraz o más pura es la de la anciana Altagracia, india otomí. La víspera, primero de noviembre, regaba y apisonaba un pedazo de tierra en lo más apartado del rancho y alzaba con tejamaniles un cuartito. Todo el año había ahorrado para comprar sus veladoras. Y el 2, apenas entrada la medianoche, por cada muerto querido encendía una veladora, y como tenía Altagracia 92 años eran muchos sus muertos y se amarínaba el alba en aquel rincón, y Altagracia se mecía delante de las llamas.

-Ya no puedo llorar -decía-, a ver, siquiera un poco con un avemaria, vayan decir quiuna es una renegada, pero ya no sé llorar, a ver, aquellos me perdonen por lo que lus quise...